

los pintores de Flandes que pueden pintar sin mengua los colores ingenuamente blanco y rosa de las mujeres flamencas por que allí el aire húmedo y nuboso apaga el color en vez de caldearlo, y llevar a sus cuadros, en vez del hombre que busca nerviosamente una felicidad diversa a cada instante, el ser que vive apacible y candorosamente. Allí el gusto por el desnudo decae en parte porque el ambiente flamenco es pudoroso, también porque es más apacible que el florentino o el veneciano, pero aún — como quiere *Taine* — porque quien allí se desnuda tiritita de frío; allí también las figuras son tal vez menos nobles, pero más venturosas, y más vivas porque al menos en *Rubens* se copia cuanto la pintura puede copiar del movimiento: un momento de la acción. Y, sin embargo, allí, como en Florencia y en Venecia, el auge de las artes se produce en el ambiente apacible y tranquilo de que los pueblos gozan finadas las fatigas de la guerra.

Así, el artista lleva a su obra, sin saberlo, las concepciones y los sentimientos que rebullen en el ambiente de su tiempo. Por ese camino frente al inconsciente personal de que antes se habló, *Jung* ha definido un inconsciente impersonal, sobrepersonal o colectivo, cuyo impreciso contenido es común a muchos hombres de ahora y de todos los tiempos. Acaso ese influjo es todavía más claro en la Ciencia, donde a menudo un hombre hace un descubrimiento genial con expresar en fórmula racional algo que estaba ya en el inconsciente — en el ánimo, dicen las gentes — de otros hombres de su tiempo. Tal fué, según *Jung*, el caso de *Roberto Mayer* que, al escribir a *Griesinger* sobre su idea de la conservación de la energía, confiesa que le pareció como si la idea emergiera de él en un mo-

